

**P**roclamar a las bravas que ya no se cree en las poéticas es del todo sospechoso (como eso de decir que no interesa la política ya es, en sí, un gesto político). Aun así, hace tiempo que he desechado merodear con principios particulares en torno a todo eso. Tampoco las desdeño cuando me topo con ellas. Cada cual ha de agarrarse a las ramas que pueda para seguir cerca del lenguaje, de *este* lenguaje. En todo caso, las hice alguna vez. Así que rescato aquí textos de diferentes épocas y registros en los que, a lo mejor, se incluyen propósitos profilácticos que tienen que ver con la disposición del poeta. Creí en ellos cuando los expuse, siempre con esa pequeña tasa de socarronería, de perplejidad, de osadía. Aquí lo dejo todo. Junto y revuelto. Cerca de las manos de quienes ahora, tantos años después, se acerquen sin querer a ellos.

T. S. S.

-I-

### POÉTICA DE ENTONCES

Ahora ya no creo demasiado en las poéticas. En otro tiempo, sí. Me parecía, incluso, necesario tener una poética como quien tiene un patrón o una medida donde envasar estrictamente los poemas, que luego acababan derramándose por su cuenta. De modo que pronto supe que eran los propios poemas los que acababan por expresar —ellos mismos— las cualidades abstractas de lo que denominaremos «mi pensamiento poético», caracterizado por una saludable provisionalidad, por el magma bullente de la misma inestabilidad de la vida. Porque ¿quién osa prever cómo va a ser dentro de un año? Análogamente, nadie sabe de qué ni cómo va a escribir. Nadie salvo quienes han aceptado plantillas previas a la hora de expresarse a fin de pertenecer a los coros poéticos dominantes (pero eso es otra historia).

Por mi parte, otras veces he llamado la atención sobre el hecho común de pedirles poéticas precisamente a los poetas y no a los novelistas, a los pintores o a los dramaturgos. Como si debiéramos excusar con un equipaje teórico la crudeza del lenguaje que se supone tiene la poesía. O como si debiéramos dar pautas al lector sobre lo que sigue: si ello es oscuro, para orientarlo; si es explícito, para complicarlo con la construcción de pistas cruzadas que aturden definitivamente las aguas del poema. Por eso, las únicas poéticas ajenas que me sirven son aquellos poemas que son a la vez himno y doctrina; también el relato de algunas experiencias propias aparentemente inocentes que los poetas se lanzan a contar cuando les preguntan sobre su poesía. Hablaré un poco aquí de las dos cosas, en lo que a mí concierne.

En cuanto al poema, me sirve aún «Aprendizajes», que incluí en 1985 en *La secreta labor de cinco inviernos*. ¿Se me creerá si digo que no lo escribí con intención programática ninguna? Sólo después me di cuenta de que en él estaba contenida una mirada y una posición ante el mundo, que comenzaban por una negación frontal a lo consabido y que terminaban eligiendo las formas de lo inadvertido, de lo provisional, de lo intermedio como soluciones para despedazar las leyes de la corrección, que tanto han empequeñecido a la persona. «Sirvo para que las cosas se vean», dice Sophia de Mello, mi admirada poeta portuguesa. Y así sigue siendo: estoy convencido de que la poesía es el lenguaje que desordena la mirada y enseña a ver el resplandor de los seres y los objetos, un resplandor más allá de su función, de su utilidad lamentable, de su prestigio desteñido por el uso o por la reputación social que los clérigos del mundo puedan haberle otorgado.

Por lo que toca al relato que quiero contar aquí, tiene que ver también con la extrañeza de la mirada. Se trata, obviamente, de una experiencia infantil. A mis pocos años, solía yo acompañar a mi abuelo los sábados a la barbería. Eran los tiempos en que las barberías aún parecían templos donde los hombres iban a afeitarse, a hablar recogidamente de política y a opinar de toros. Los parroquianos elegían la barbería no por la pericia del dueño sino por la afinidad con la clientela. Había barberías de chistes verdes, taurófilas, santurronas, gastronómicas, de viudos, republicanas o leales a la causa. Estas últimas eran las más ruidosas, espoleadas casi siempre por algún combatiente nostálgico que rememoraba tal o cual hazaña pugnando sobre los demás para dejar claro su papel salvador de la Patria, hasta que el barbero se veía obligado a sacudirle un par de brochazos de jabón sobre la propia boca para mantenerlo callado. Yo lo miraba todo fascinado en el establecimiento del señor Del Pozo, donde infaliblemente me mandaban sentar al fondo, en el jardín quemado de los periódicos atrasados, mientras todos se ponían a hablar de aquellas cosas raras. Estar en silencio ante un espejo y un hombre con navaja era doble ejercicio inquietante, al que todos se sometían con una obediencia tirante. Luego supe que era difícil resistir la triste lealtad del propio rostro y el frío en la piel de los metales afilados. Espejos y navajas. Verdad y muerte.

Un día sucedió algo increíble: entramos como de costumbre y mi abuelo se destocó con aquellos ademanes contados —mi abuelo era alto y elegante, usaba sombrero y se apoyaba en un bastón que lo hacía más venerable— y me envió como siempre al rincón de los periódicos perdidos. Me apliqué a leer. Hasta que el barbero quiso sorprenderme. Y vaya si lo consiguió. «Mucho te gusta la lectura, tan pequeño que eres. A ver si me sabes leer esto», y descalzándose de la oreja un lápiz me escribió algo en un papel. Yo miraba y remiraba aquellas letras grandes y extrañas y él se sonreía. «Ya me extrañaba a mí que tú supieras leer; nos estabas engañando», me decía, mientras el coro de clientes se reía de mí y me animaba burlonamente a descifrar aquel idioma endiabrado que yo quería y no quería reconocer. Pasado un rato me llamó a su lado. De espaldas al espejo, entre aquellos sillones de aspecto clínico donde se amarraba al reo indefenso, me hizo sostener extendido aquel papel incomprensible. Luego me mandó girar hasta darle la cara y «lee ahí», me dijo tintineando con el lápiz en el cristal que me

duplicaba. Prodigiosamente allí lo ponía todo bien claro y yo respiré a gusto. Volvía a saber leer. Pero aprendí para siempre que las palabras tienen revés, y que con él pueden designar cada cosa de otra forma sin cambiar de idioma. Solo se necesita un espejo y una mirada distinta para encender de otra manera el mundo. Fue el primer paso que di hacia la poesía. Creo que aún no he dado más.

(2000)

**-II-**  
**APRENDIZAJES**

*A Ángel Fernández Benítez*

Del espejo no el brillo de su azogue  
ni el biselado donde se descompone en niebla  
ciega la transparencia, sino el cartón  
que empeña sin saberlo su oculta resistencia  
en sostener a un tiempo  
al cuerpo y a la luz, salvaguardando de la  
caída de todo a un rostro, repitiéndolo  
en el vilo encendido de un instante que cuelga.

De la estatua no el fuste, donde pudo  
cuanto quiso el cincel. Ni la tarea  
limpia del esmeril o de la gubia  
ensayando maneras  
de domar el espacio, darle un orden  
mortal de cuerpo de inmortal belleza.  
Más bien sentar los ojos allí donde  
una piedra sustenta  
al cadáver de mármol, y en que viven  
letras leprosas que hablan desvergüenzas.

Y del beso (ah, del beso), no su voz, no su carne  
sino que desmontarlo de nuevo a su inminencia.

*(La secreta labor de cinco inviernos, 1985)*

-III-

MÚSICA DE ASTILLAS

La poesía: ese lenguaje esencial lleno de palabras accidentales.

«Decir que una obra de arte forma parte de la cultura es una cosa un poco escolar y artificial. La obra de arte forma parte de lo real y es destino, realización, salvación y vida» (SOPHIA DE MELLO BREINER).

A veces me pregunto si el poeta no será quien emplea las palabras que los demás ya han desechado y repudian.

No tengo tanta imaginación como para pensar que la realidad es solo esto que se ve.

DESPUÉS DE UN ACTO PÚBLICO

Cuando alguien dice la palabra «poeta» mirándome a mí, no me incomoda tanto lo que esa palabra significa (su terrible peso, su memoria) como lo que pudiera significar para la persona que la pronuncia.

EXTRAÑEZA

El poeta experimenta una doble extrañeza que le invade insoportablemente. A la extrañeza ante la inmediatez convertida en lejanía irreconocible por mor de la mirada se une la extrañeza ante las palabras, que de pronto se invisten de una enigmática oscuridad, de la misma dificultad que tiene un guante vuelto del revés.

PISTA SEGURA

—¿Cuándo se sabe en una conversación de poesía quién de todos es el poeta?

—Cuando hay uno —a menudo el único— que no sabe de qué está hablando y sin embargo acierta.

SOCIOS

El poeta es el mago: hace trucos sin saberlo. Y el crítico, el que explica los trucos pero no sabe hacerlos.

DE OTRA MANERA

El poema: ese texto que justamente cuando se termina de oír (o de leer o de cantar o de escribir) es cuando empieza.

#### DETRÁS DE LOS LÁPICES

Quien se coloca en el bolsillo anterior de la chaqueta un lápiz no quiere exhibirlo. Solo pretende esconderse tras él para que el mundo no le vea.

El poeta también existe en lo que le falta.

Llegar. Ese es también el verbo del poeta. Llegar. Solo que el poeta parte del propio punto al que quiere llegar. Su itinerario poético no es una extensión; es una reflexión. Su travesía no es rectilínea; es un bucle que reúne origen y destino en un solo punto. Y ello explica, entre otras cuestiones, que el poeta experimente nostalgia de lo que nunca le ha pertenecido: «Lo mío —parece decir— es siempre lo otro».

#### OFICIO DE POETA

Según su oficio, los poetas se clasifican en tres especies: oficiales, oficiosos y oficiantes. Estos últimos tienen la desventaja de creerse imprescindibles sobre los otros dos, más inocuos y que solo hacen sombra al mediodía.

#### EPIGONÍA

Como siempre ocurrió, también en este tiempo el poeta se ha adelantado a todos. Y antes que el eco-mueble, la eco-tasa o el eco-arte ya estaba él: el eco-poeta. Solo que no se trataba del amigo de la Naturaleza sino el que se limitaba a ser eco y no voz, producción y no segregación. Los hay a patadas. Así están las cosas.

#### LO MISMO DE OTRO MODO

Es poeta quien siempre está preparado para el abandono de las palabras, y no el que cada mañana sale a buscarlas para llevarlas —lo quieran ellas o no— al papel.

#### HARAPIENTO

Ya no es que tenga ahora la certidumbre absoluta de que nunca más voy a saber escribir poesía; es que cada vez me pregunto más si fui yo quien alguna vez la escribió, pues me parece que fue otro el autor de todos mis versos. ¿Mis versos?

#### LENGUAJE Y VOZ

Un poeta ha de escribir siempre de lo que conoce, no de lo que sabe. Lo que sabe le estorba; lo que conoce le parece territorio firme donde asentar la voz... para perderse.

#### DESEO DE INVIERNO

Quince de diciembre: Ahora querría escribir como si se asustaran de mí las palabras.

#### SUEÑO DE POETA

Alzar los ojos al cielo y ver el vuelo nada más, y no el pájaro.

#### OPERA OMNIA

Quiero pensar que en la obra de un poeta siempre habrá una pieza más prescindible que las demás. Él lo sabe y podría quitarla. Quedaría, así, ya un poema menos. Pero entonces volvería a producirse el hecho: habría de nuevo un poema (otro) que podría desaparecer sin ningún cuidado, pues la compacidad de la obra entera apenas se resentiría. Y el poema caería como una fruta grave. Así otra y otra vez. Y a cada ocasión un poema menos. Ya solo quedarían dos y el poeta debería decidirse por uno de ellos. Al fin, toda la obra ha terminado por ser prescindible, comparada con ese poema sobreviviente. Pero todavía un paso más: entre el poema y el silencio, ¿no hay la misma distancia que entre la mancha y el resplandor?

Aprendió a escribir en otro idioma. No quería ahogarse con la propia lengua. Era un poeta.

Ojalá supiese yo salir alguna vez cantando hasta las afueras y regresar con otras palabras entre las manos. Con eso bastaría.

#### LO OBLIGATORIO

Pisar en lo hueco y hallar firmeza. No otra es la ley, la canción desvelada del poeta.

#### QUE SE SEPA

Un poema no es nunca un ejercicio. Es un accidente que sale al paso. Por eso no puede admitir excesiva deliberación. «A las cosas tardías se les nota el aire de despacho», decía Robert Walter. Se me ocurre aplicar también el juicio a esto.

#### EL SANTO OFICIO

Como tantos otros, el poeta no es más que un contratado a tiempo parcial.

*(a Aldo Z. Sanz)*

#### UNA POSIBLE EXPLICACIÓN

Me parece que ya lo he pillado: siempre he huido de la poesía —su fuerza y su crudeza me dañaban— pero para disimular he hecho versos de cuando en cuando.

#### LO QUE SOSTIENE AL MUNDO

«Mientras duermen, los pájaros siguen cantando». No lo dice un poeta ni lo piensa un niño. Lo sostiene un científico de Chicago que investiga las relaciones entre el sueño y la materia. Ya Canetti se maravillaba de que algunos pájaros pudieran dormir y volar a la vez. ¿Pero cantar? La ciencia aún va más lejos. Hasta los fundamentos de la poesía: dormir y cantar.

#### TEORÍA ECONÓMICA

Es terrible saber muchas palabras. Luego se abre la boca demasiadas veces sola.

#### CLARIDAD

Cada poeta tiene su propio grado de claridad. Lo que ocurre es que algunos solo lo consiguen cuanto más ocultan su discurso. Son los más transparentes.

El poeta es quien controla las dos grandes formas de la invisibilidad: lo oculto y lo evidente.

#### MENESTEROSIDAD

En época de esterilidad, el verdadero poeta no dice «no escribo» sino «no sé escribir». Ha perdido del todo el ajuste con las palabras. Pero que nadie se confunda. Se trata del primer paso de vuelta a la inocencia: el Supremo Extravío.

En poesía el presente está hecho de Memoria y de Suposiciones. Es un presente revitalizado en el coma de la incertidumbre: aguanoso y escurridizo, como quien pulsa un trozo de nieve entre las manos.

#### RESOLUCIÓN POÉTICA

Imposible escribir; imposible también leer. Haré, por lo menos, una tortilla de patatas.

#### EL POETA DESLUMBRADO

Encima de la página empezar a tachar. Para no quedarse en blanco.

#### DE OTRA MANERA

El poeta es el que quiere estar siempre cerca de las cosas. También de las desechadas, de las peligrosas, de las inadvertidas, de las perseguidas por los azotes del hombre y las inclemencias. Él se pone cerca de ellas. Y canta.

«Por fin sé escribir», dijo aquél que quería ser poeta. Era el justo momento de dejarlo.

#### DE TEMPS EN TEMPS

A veces sucedía así: el poema se te aparecía en un vaho inicial (una imagen, un verso, una simple palabra flotante) y tú lo aceptabas con cierta fe en esa luminosa incertidumbre. Pero lo demás corría por tu cuenta y entonces tenías que ser tú el que conducías a las palabras hasta que les dabas reposo y destino.

Crees así que has cumplido bien tu tarea pero eso solo lo sabrás del todo mucho después, cuando el frío y el tiempo obren sobre lo escrito y mires a lo lejos tus palabras. ¿Se arrastraron bien hasta donde el silencio había salido a esperarlas? Nunca sabías.

#### POÉTICA Y SEMILLA

Debajo de esas primeras versiones del poema está el poema. Las palabras, primero, están destinadas a encubrir, no a desvelar. Y luego hay que ir las abriendo. Unas sí y otras no; unas del todo y otras en parte. Allá abajo, ¿puedes ver las verdaderas palabras del poema? Sácalas. Unas a pellizcos y otras a machetazos. Ponlas en la epidermis indefensa del poema. Donde estaban las otras. Y prueba a ver si aguantan esa intemperie. Y, sobre todo, cuando te alejes del poema por vez primera no te digas a ti mismo: «Buen trabajo». Nunca sabrás si aún esas palabras te pedirán cuentas.

(notas acarreadas de aquí y de allá desde 1993 hasta 2009)

TOMÁS SÁNCHEZ SANTIAGO